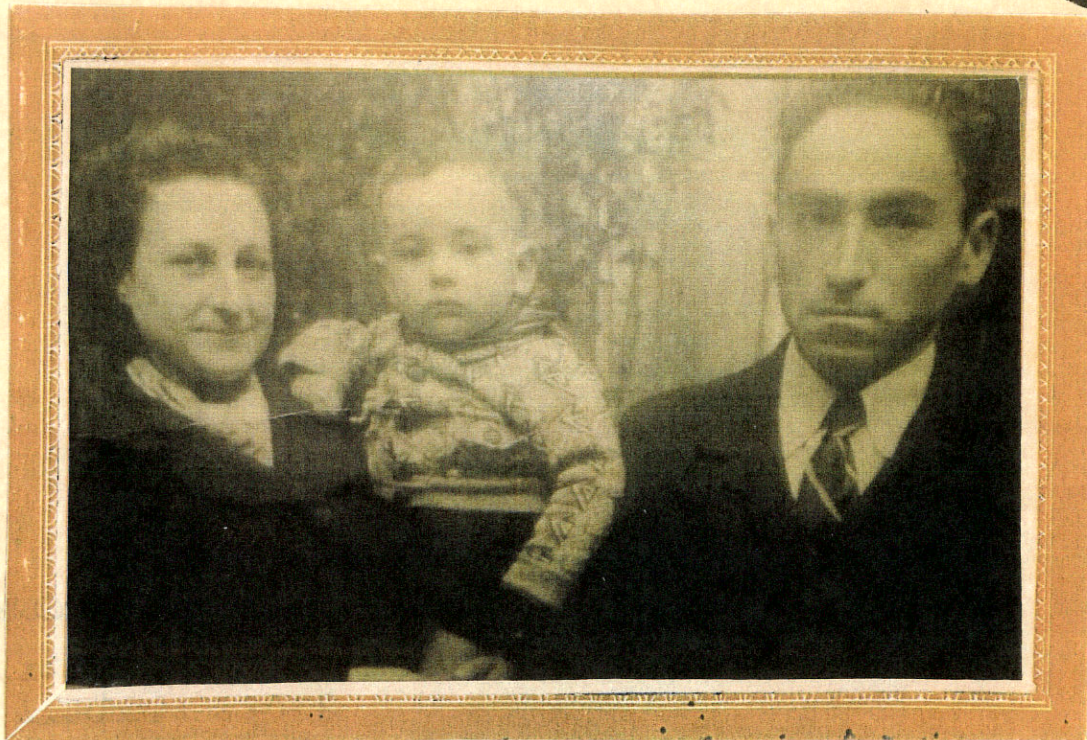


EL



Julio y su hermana Teresa

PEGUJAL



Máximo las Heras y Valeriana Abad con su hijo Julio

A mis padres, que
"dejaron la tierra".

En un lugar apartado,
donde se contempla el sol
de la alborada al ocaso.
Y la luna, si salió,
cercada por mil estrellas
y por brillantes luceros
en noche de resplandor.

En Almarail, el pueblo,
donde mi padre nació,
recogía, sin saberlo,
el testigo de una estirpe
que esas tierras habitó.
Hallando allí su cobijo
junto al río, en comunión
con las tierras que regaba.
Austeros y persistentes
en su empeño soñador.

Creció mirando esas tierras
y el tornar de su color:
rojizas en el barbecho,
esperanza su color
al llegar la primavera;
mar de espigas bajo el sol
abrasador del estío
con luminoso esplendor.

De labrador, observaba
la vida a su alrededor.
Su amada naturaleza
le cautivó y subyugó.
Disfrutando de su entorno
surgió el "yo depredador".
En medio de aquella tierra,
cazado, fue cazador.
Tras el cabo de una nasa,
pescado, fue pescador.

Arió y binó sus terrones
que de sueños abonó
y tras la siega y la trilla,
aventado y acribado,
el grano cobijo halló
en la cámara costera;
como quien bien atesora
su trabajo y su sudor.

En un lugar apartado
donde se contempla el sol
de la alborada al ocaso...

Mi padre nació en el año 1915.
Situados en el contexto de los años 30,
la anterior descripción podría ser un fiel
reflejo del perfil humano de los varones que,
en aquellos días, habitaban los pequeños pue-
blos de la comarca cerealista (campo de Gó-
mara) en tierras sorianas.

La década de los 30 fue transcurriendo con el doloroso paréntesis de la guerra civil española que arrastró a muchos jóvenes de su lugar hasta "otro campo" de sinrazón, muerte y desolación, siendo la frontera entre dos mundos: "El" antes de la guerra" y "El después de la guerra".

Los años 40 abrían nuevos horizontes y algunos labradores se arriesgaron, apostando por su futuro, en la búsqueda de "una vida mejor" con la esperanza de conseguir, también, más oportunidades para sus hijos en otro lugar y con "otra labor"; lo que llevaba consigo "dejar la tierra".

"Dejar la tierra"... Esta expresión, entonces, siempre iba acompañada de un hondo sentimiento de tristeza y nostalgia. "Dejar la tierra" entrañaba un nivel de ruptura; el corte de ese otro cordón umbilical que nos une al lugar donde hemos nacido, crecido y vivido. "Dejar la tierra" era como trasplantarse a sí mismo, alejándonos del hogar; no sólo de la casa y el fogón, sino también

de aquellos entornos naturales vividos, gozados y trabajados. Y "dejar la tierra" era, sobre todo, abandonar la labranza; dejar de ejercer esa dura pero entrañable, natural y mágica tarea de convertirla en generadora de frutos que se siembran, se ven crecer y se recogen.

Y por último, "dejar la tierra", si emigraba el hijo único, (como lo era mi padre) y no quedaba quien pudiera labrarla, traía aparejado "arrendar la tierra" lo que añadía otra despedida, otra ruptura sumada al alejamiento y sobre todo un duro trance para los abuelos que habían de decir adiós al medio de vida que siempre les había acompañado.

En mayo de 1946 emigraba, en el vientre de mi madre, de la tierra que era cuna, hogar y labor para mi padre. Mis abuelos permanecieron en Almarail y mi hermano vivió con ellos hasta los 9 años, que empezaba sus estudios. Cada mes de Octubre mi padre volvía, solo, a su tierra durante una semana para disfrutarla cazando y regresaba a Va-

Valladolid transfigurado; enjuto y curtido por las intensas jornadas dedicadas a patear su "hogar natural" compensando así su lejanía.

Mi hermano y yo, todos los años, en el mes de junio, unos días antes de San Juan; cuando los estudiantes recogen "su cosecha" e inician las vacaciones; dejábamos Valladolid para pasar todo el verano en Almarail. Tres meses en la vida de un niño es un largo periodo en el que tienen cabida muchas actividades, vivencias y experiencias. Una de ellas era "el pegujal".

La tierra que mi padre labró se le arrendó al "tío Raimundo" (Raimundo Soto) y el acuerdo de arrendamiento incluía "el pegujal".

El pegujal era una extensión reducida de tierra o pieza pequeña (aún no había llegado la concentración parcelaria) que el rentero cultivaba, cada año, para el arrendador. De este modo mis abuelos conservaban la ilusión de seguir labrando y de recoger cosecha. En aquellos años el grano era tan o más importante que el dinero. Se necesitaba para

criar gallinas, pollos, echar grano en el palomar; engordar el cerdo... todos ellos, animales que abastecían la despensa, y se necesitaba, también, para hacer pan o pagar al panadero que cobraba en grano (trigo) las hogazas que repartía, anotándolas en una libreta. Con el pegujal mis abuelos podían disponer de ese grano tan necesario en todas las casas.

La frase mágica para comenzar la recolección de ese grano, la pregonaaba mi abuela la noche anterior: "Mañana siegan el pegujal". Amanecíamos, más temprano que otros días, con unos ricos sobadillos al borde de la cama y se iniciaba una emocionante jornada. Íbamos "al campo" a segar el pegujal. Nos uníamos a la faena con la familia del tío Raimundo y con sus hijas, Faustina y Elvira, llegábamos a la pieza que tocaba: en los álamos o al otro lado, en la torre, los cabezuelos... La ida era fresca y animosa. Una vez

en la pieza, la máquina segadora (ya atadora) cortaba y fajaba con cuerda de sisal el cereal y tras ella nos afanábamos en recoger los fajos, asiéndolos por la cuerda, uno en cada mano y acercándolos al fascal en construcción, se agrupaban siempre con las espigas hacia dentro, protegidas por los tallos, para evitar daños en caso de pedrisco. Con diligencia, asumíamos la tarea y sus consecuencias: el calor y la sed, la aspereza de las cuerdas, los raspones del rastrojo, el polvo que despedía la máquina al cortar la mies...

La vuelta, andando, con el sol en lo más alto era más fatigosa, pero animada. Llegábamos a casa y nos esperaba una rica gaseosa de papel, "Armisen", preparada en un vaso con agua fresca del botijo. El pegujal estaba segado.

La siguiente tarea era "la trilla". Por la mañana la galera acarreaba los fajos hasta la era (situada en el castillazo, donde terminan los corrales). Y... ¡a soltar la parva! Se cogían los fajos por su atadura con la mano izquierda (en la que se

apuniaban los nudos) y por donde se cortaba la cuerda con una navajilla. ① El fajo debía soltarse con las espigas hacia arriba y esparcirse en forma de abanico configurando así el ruedo de la parva, que debía solearse para perder la humedad del rocío de la mañana. Mientras, se preparaban los aperos: horcas, palas, rastra, rastrillos, y las tres mulas con sus colleras para arrastrar los dos trillos. Y... ¡a trillar! Era una tarea laboriosa para todo el día. Al empezar, la parva era voluminosa y requería del trillador un alarde de equilibrio sobre el trillo que no asentaba, ¡volaba! por encima de la mies. Los pies firmemente asentados y muy separados; el cuerpo orientado hacia el interior de la parva en la parte trasera del trillo, evitando así "arrollar la parva" acumulando mies y alterando su homogénea distribución. Conducir la junta de mulas, trillando, requería pericia en el manejo del ramal (tirando o aflojando) para ajustarse al rue-

① Estas cuerdas de sisal se teñían de colores, se cortaban, y se tejían a ganchillo en tiras que clavadas en una tabla con figuraban las cortinas que en verano cubrían las puertas de la calle en todas las casas de Almarail.

do y al cruce de los dos trillos que circulaban en sentido contrario (el trillo de una sola mula por dentro). También había que "volver la parva" alternando la posición de las espigas de abajo arriba con la horca. Y así, lentamente, la parva iba mermando su volumen a lo largo de la mañana, vuelta a vuelta, mientras nos animábamos sobre el trillo, hasta la hora de comer, con alguna cancioncilla de la época:

"El Ebro, guarda silencio,
al pasar por El Pilar,
la Virgen está dormida.
La Virgen está dormida,
no la quiere despertar..."

"Barquerito de Lora,
carriño mío.
Tú te pasas las horas
cruzando el río.
Y te quiero y te quise
para marido..."

Enseguida se enganchaba después de comer (si no había que recoger la parva por algún aguacero de tormenta veraniega) y poco a poco la parva iba domándose. Ya se volvía con la pala hasta que al fin de la tarde la parva asemejaba una alfombra sobre el castillazo. Los trillos transitaban suavemente y hasta galopábamos. ¡Era emocionante!. La jornada de trilla finalizaba y se recogía la parva con la rastra (otro alarde de equilibrio) y los rastrillos. Habíamos

conseguido la tarea: transformar la mies en un polvoriento montón manejable que nos permitiría separar el grano.

La última jornada de pegujal se resumía en un solo empeño: separar el grano de la paja y arribarlo hasta la cámara. Para conseguirlo era necesario un instrumento que no se podía comprar, ni preparar, sólo esperarlo: el viento. Aventar, consistía en elevar y esparcir con la horca la mies trillada para que el viento se llevara la paja y el grano y las granzas cayeran abajo por su propio peso. Se le daba una segunda vuelta con la pala. Por último se cribaba con dos tipos de criba: el harnero con agujeros grandes para separar las granzas (parte del tallo del cereal que tenía nudos) y por último con una criba más cerrada para seleccionar el grano. Conseguido el montón de trigo, se metía en talegas con la media y se acarreaba hasta casa para alcanzar, por fin, el cobijo de la cámara con el regocijo y tranquilidad de mi abuela "Zanis". La paja también entraba en casa, por la brochera, y se utilizaba para la cama de los animales, pa

ra la lumbre, haciendo que la leña durase más, para hacer adobes . . .

Y así, con todo en su sitio, con el montón de grano, habitando un rincón de la cámara, concluíamos la tarea de recolección del pegujal y por añadidura habíamos aprendido mucho más de lo que los libros enseñan, interiorizando todo el proceso. Lo que la tierra y el esfuerzo del hombre, juntos, pueden alcanzar: las labores, los aperos . . . todo lo que, a lo largo del tiempo, fueron capaces de ir construyendo para lograr el fruto de la tierra.

Mis padres dejaron la tierra y su labor, añorando su lejanía y abandono. Nosotros, gracias al pegujal de la abuela Éanis, tendríamos siempre alma de labradores.